

Dejan á Honorio, al penetrar, á oscuras
de unas luces sin fin los resplandores;
mas ve en torno después las mil figuras
de ángeles, cristos, santos y doctores.

Y unas formas que en otras se perdían
vió, no sé si en quietud ó en movimiento,
que del suelo á la bóveda subían,
bajando de la ojiva al pavimento.

Y vió que por las naves se enlazaban,
corriendo en variedad inagotable,
dibujos y calados que imitaban
tejidos de un vapor imponderable.

Todo el genio del arte, en savia ardiente,
por ramos y molduras se extendía,
y la masa de piedra, transparente,
bajo el cincel su pesadez perdía.

Y cual grita al salir, exorcizado,
del cuerpo, Satanás, de algún maldito,
oyó el pueblo en la iglesia congregado
un graznido feroz, casi inaudito.

Cuando Honorio irascible así gritaba,
el vulgo, embelesado y de fe ciego,
bajando del cimborio contemplaba
otra águila de bronce echando fuego.

Por Honorio empujada, se desploma
sobre el altar esta águila humeante,
y lanzado ya el rayo, Honorio toma
un aspecto de Júpiter tonante.

Prende el fuego al altar, y de manera
va de un ángulo á otro ángulo corriendo,
que al calcinar la llama la madera,
funde la imagen la madera ardiendo.

Acude el pueblo, y el altar socorre;
mas pronto, derretido el gran tesoro,
del presbiterio hasta la reja corre
de un sol fundido una cascada de oro.

El águila, aletazos sacudiendo,
tanto la imagen deshacer quería,
que hasta el oro en fusión que iba corriendo,
quemándose las alas, esparcía.

Cuando ya en humo el águila altanera
vió convertida del altar la gloria,
el rico timbre de su voz guerrera
la alegría expresó de la victoria.

Entre la rabia y el terror que pasma,
no sabe el pueblo, en su opinión incierto,

si es aquel monstruo un águila, un fantasma,
ó un demonio tal vez que lleva á un muerto.

Le ve, le acosa, y destrozarle quiere,
y rindiendo á aquel Hércules alado,
por más que grita y que amenaza y hiere,
queda á golpes muy pronto acogotado.

El pueblo, de su rabia en el delirio,
le arrastra sin piedad, y antes que muera,
le impone, al fin, por último martirio,
la pena de morir en una hoguera.

Le arrojan á la llama, y los sayones,
celebrando el tormento merecido,
lanzan gritos de horror y maldiciones
en torno del suplicio del vencido.

Se va el águila, al fin, carbonizando
entre la hoguera en que cayó jadeante,
mientras se iba entre el humo levantando,
de Honorio el cadavérico semblante.

Y huye después, y en tanto que divisa
la hoguera y los sayones, sobre el mundo
va arrojando una histérica sonrisa,
que revela el desprecio más profundo.

Y como suele á veces de la esfera
bajar desconocido un meteoro,
desciende Soledad, y entra en la hoguera
con tez de nieve y con cabellos de oro.

Y en el incendio de que Honorio huía,
cual mártir voluntario se atormenta,
y al cielo el rostro con dolor volvía,
como diciendo á Dios: — Ténselo en cuenta. —

Tranquilo el corazón, el alma pura,
santa redime al obcecado amante;
y brilla más al fuego su figura,
como al darle la luz brilla el diamante.

Vuelta hacia el cielo la gentil cabeza,
triste y alegre Soledad tenía
los ojos impregnados de tristeza
y la frente radiante de alegría.

Después de tanto afán y penas tantas,
cuanto sufre por él, tanto ella goza,
obrando generosa, cual las plantas,
que perfuman el pie que las destroza.

Y, en vez de un diablo, el público no mira
que abrasa á un ángel de hermosura extrema,
pues sucede á menudo que la ira,
por quemar á un demonio, á un ángel quema.



ESCENA XIX

La transmigración á un hombre

LUGAR DE LA ESCENA: *Diócesis del obispo Palaciano*

PERSONAJES. — LOS DOS HONORIOS

ARGUMENTO

El alma de Honorio, completando la escala de los seres, vuelve á transmigrar al cuerpo de un joven profeso, á quien, al confirmarle el obispo Palaciano, había puesto el nombre de Honorio, en memoria de su difunto hermano.

Y cuando esto sucede, en un convento
vive feliz un joven en clausura,
alma de fe, de paz y de contento,
de inocencia impregnada y de dulzura.

Con el nombre de Honorio, siendo niño,
le confirmó el obispo Palaciano;
recuerdo inolvidable del cariño
que profesaba á su difunto hermano.

Sin historias presentes ni pasadas,
sólo en las ciencias su pasión encierra,
como una de esas almas resignadas
que jamás se confían á la tierra.

Grande es su fe, severa su alegría,
sus mejillas y labios sonrosados;
limpia y blanca, su frente parecía
la frente de una niña sin cuidados.

Un día cierto espíritu que vuela,
de niebla el brillo de sus ojos cubre,
como la escarcha los retoños hiela
de los últimos soles del octubre.

Algo en su pecho abrasador se embebe,
pues, de pronto, esta noble criatura
presiente que á su espíritu de nieve
un bautismo de fuego transfigura.

Y lo mismo que un alma que no ha amado
se encuentra, sin saberlo, á otra alma unida,
sobre la vida, el joven, que ha gozado,
¡fatal resurrección! siente otra vida.

Y es que, uno resignado, otro altanero,
con la duda amargando la inocencia,
en el humilde Honorio, Honorio el fiero,
transubstancia su vida en su existencia.

Al joven con dolor, como el que siente
su juventud á una vejez unida,
ya empieza á parecerle vagamente
sueño de fecha inmemorial su vida.

Tranquilo sin razón, ó turbulento,
ve á veces con terror, y otras con calma,
que un vapor tan sutil como su aliento
turba sus ojos ó ilumina su alma.

Parece que le envuelve, y no le toca,
algún ser escapado de la tumba,
que, impalpable, al pasar, besa su boca,
late en sus venas, y en sus sienas zumba.

En los sueños sin fin que le extravían,
más que el cuerpo su espíritu embarazan
manos de luz que á su pesar le guían,
y brazos aeriformes que le abrazan.

Al ver que sobre su alma se desploma
la invisible presión de alguna mano,
se agita con pavor, cual la paloma
se agita bajo el vuelo del milano.

Se vuelve en torno, mira, y no ve nada;
mas siente que tenaz, fría, invisible,
en el fluido eléctrico mezclada,
le acosa una influencia indefinible.

Turbado, entre tristeza y alegría,
con noble abnegación y hondo egoísmo,
con dos almas se encuentra cierto día,
prisionero de guerra de sí mismo.

Luchan con ira ó con mortal desmayo,
con sus gustos pasados los presentes,
cual si hubiese su espíritu algún rayo
partido en dos mitades diferentes.

En un alma que ríe, otra que llora,
como el mal en el bien, al fin se anida.
¡Oh Dios! y ¡cuántas veces, como ahora,
se anidará otra vida en nuestra vida!

Así en lucha tenaz, en el pequeño,
Honorio el grande se embrió implacable,
encadenando á un porvenir risueño
un pasado del todo irreparable.

Y el joven, sollozando, se decía:
«¿Habrà cual mi dolor, dolor alguno?
¿Me guio yo á mí mismo, ó quién me guía?
¿Vengo á ser uno en dos, ó dos en uno?»

»Si la que ayer pensaba era mi mente,
esta conciencia de hoy no es mi conciencia:
ó yo soy otro, ó misteriosamente
repercute en mí ser otra existencia.

»Tendré fe en Dios, pues con su santa ayuda
toda la luz de la verdad se alcanza.»
Y calla, y al callar, cae en la duda
desde el cielo feliz de su esperanza.

Así, una vez creyendo, otras dudando,
queda el alma del joven confundida,
temerosa de sí, como buscando
por qué puerta escaparse de la vida.

ESCENA XX

El bien y el mal

LUGAR DE LA ESCENA: *El cuerpo humano*

PERSONAJES

DOS ALMAS EN UN CUERPO

ARGUMENTO

Existencia antitética del bien y el mal. El espíritu del joven, viéndose contrariado por las inclinaciones del alma transmigrada, huye, y deja en su cuerpo, alojada y sola, el alma de Honorio.

Al profeso infeliz, desde aquel día
á nueva vida el corazón abierto,
su morada claustral le parecía
un sepulcro perdido en un desierto.

Llevando Honorio al joven sus dolores,
juntos así vivieron y penaron:
cual en el tallo de una flor, dos flores,
dos almas en un cuerpo se injertaron.

De pesar abrumado, y siempre en vela,
con dos almas cargado, el cuerpo gime,
y lucha, y forcejea, y se rebela
bajo el peso de hierro que le oprime.

Confuso el joven, distraído, inquieto,
si se asoma al jardín, mira embebido
en el árbol de enfrente algún objeto
que nunca ha estado allí, pues no ha existido.

De hastío y de dolor el joven muere,
pensando que es un alma desolada,
que segura no está de lo que quiere,
mas que no quiere del presente nada.

¡Tormento universal! ¿Cuál ser oscuro
hace inútil la acción de su albedrío?
Porque el joven Honorio está seguro
que entre su cuerpo y él corre algo frío.

¿Podrá ser que á nuestra alma, otra alma in-
sus recuerdos le añade y sus flaquezas, (fusa,
cuando, al sentirse dominada, acusa
á la carne infeliz de sus torpezas?

¡Cuántas veces herido de pasada,
en esta vida de inquietud que llevo,
por causa de un pesar, de una mirada,
transformado mi ser, nací de nuevo!

Del alma de aquel joven frente á frente
queda el alma del hombre transmigrado,
como al lado de un ser bueno y creyente
vive otro ser rebelde y sublevado.

Las dos almas en lucha fratricida
se ahogan en un cuerpo, y de esta suerte,
mezclada á los deseos de la vida,
siente el joven las ansias de la muerte.

Vagando por sus miembros agitados,
circula el alma de él como una loca,
al ver por otro espíritu animados,
sus turbios ojos y su inquieta boca.

Aquel cuerpo sin paz sirve de asilo,
además de la propia, á un alma ajena,
y esclavo de las dos, sufre intranquilo,
tras noches de pesar, días de pena;

Pues viviendo azorado noche y día,
pensando si creía ó si dudaba,
aunque una parte de su ser creía,
en medio de su fe se despreciaba.

Luchando entrambas en batalla ruda
dentro de un cuerpo en desigual manera,
el alma transmigrada siente y duda,
el alma del profeso cree y espera.

Y en el cuerpo infeliz, de ambas juguete,
un alma candorosa, y otra impía,
ésta le dice á la esperanza: — ¡Vete! —
y aquélla: — ¡No te vayas todavía! —

Y en terrible y perpetua discordancia,
rechazan ó acarician la ventura,
la del uno jovial como la infancia,
ja otra triste cual la edad madura.

Lo que hace un alma, la otra lo deshace.
¡Oh fiel imagen de las ansias mías!
¡Tener una cabeza que renace,
y sentir la cortar todos los días!

Aunque va de pesar y horror cubriendo
al alma buena el alma sin ternura,
el joven, por bondad, vive creyendo
la mitad de sí mismo en la ventura.

¡Oh! dejad á la mente confundida
sus recuerdos confusos y adorados;
si ilumináis los días de la vida,
no serán lo que son, iluminados.

Tenaz Honorio, en fin, ahogó iracundo
al alma joven, que murió de pena;
y como el mal al bien suele en el mundo,
derrotó el alma grande al alma buena.

Y muerta esta alma ya, sin lucha alguna,
en el cuerpo gentil, de gracia espejo,
sólo quedó de las dos almas una,
muriendo el joven, y naciendo el viejo.

Juntando Honorio á la altivez la gracia
en el cuerpo hoy soberbio, antes sencillo,
con tal facilidad lleva su audacia
como el tallo la flor y el sol su brillo.

Aunque Honorio llevaba, transmigrando,
su memoria, razón y sentimiento,
el cuerpo de hombre, en que se entró volando,
la esencia le ofuscó del pensamiento.

¡Oh humana confusión! Sólo Dios sabe
por cuál secreto fin, y extraño modo,
al mismo que vió claro siendo un ave,
hombre después, se le oscurece todo!

Sola en el cuerpo el alma transmigrada,
quedando cual la flor que, sin rocío,
replega su corola, condenada
á eterna soledad, á hondo vacío,

Tan sólo al cielo en admirar se emplea:
que el alma que su origen adivina,
siempre hacia Dios, aunque rebelde sea,
como las flores hacia el sol, se inclina.

ESCENA XXI

Vivir es recordar

LUGAR DE LA ESCENA: *Dentro del alma*

PERSONAJES — HONORIO. — SOLEDAD. — UNA MUJER DESCONOCIDA

ARGUMENTO

La vida es una reminiscencia. Se confiesa con Honorio una mujer desconocida y buena. Abismado en las reminiscencias de sus recuerdos, ni siquiera oye la santidad de la doctrina de la desconocida; y Soledad, para fijar la atención de Honorio, encarna su espíritu en el rostro de aquella mujer. Honorio se exalta al ver la imagen de Soledad reverberando en los ojos de la desconocida. Vuelve a desaparecer Soledad, y Honorio vuelve á no escuchar la doctrina de la mujer que se confiesa. Nueva aparición de Soledad, y nueva exaltación de Honorio. Después Soledad desaparece del todo; la mujer se aleja, y Honorio queda sumido en el dolor de sus recuerdos.

Buscando un privilegio de inocencia,
que darle Honorio el confesor podía,
se acercó de la santa penitencia
al tribunal una mujer un día.

Y aunque Honorio, sin fe, no la escuchaba,
decía la mujer tan santas cosas,
que un ángel parecía que acababa
de abandonar las zonas luminosas.

Al trabajo, al dolor y hasta á la muerte,
altivo Honorio cual Zenón, resiste;
mas sin saber por qué, varón tan fuerte,
cuando oye hablar de amor, se siente triste.

De traje honesto, de esperanzas puras,
le hablaba la mujer con tanto celo,
como una de esas nobles criaturas
que á hacer pensar en Dios bajan del cielo.

Mas, sin oírla, Honorio se abandona
al sueño vil de una ilusión impía,
pues más que en la verdad del que perdona,
en la fe de Pitágoras creía.

A la mujer de singular belleza
oye Honorio con aire soñoliento,
aunque habla como un ángel de pureza,
de gracia, de virtud y de talento.

Y de ella, aun no escuchada, proseguía
hablando dulce, el murmurar sonoro,
que un arroyo de perlas parecía,
sonando al paso sobre guijas de oro.

Al hablar de virtud con tanto celo,
parece que es su natural destino
el de un ángel enviado por el cielo
para enseñar á Honorio el buen camino.